

Remembranzas de un Maestro

HERACLIO BONILLA

Universidad Nacional de Colombia

Con ocasión de una breve visita a Lima en la segunda semana del mes de julio del año en curso visité al Dr. José Matos Mar en su departamento de Chorrillos. Con su habitual cordialidad me abrazó, me invitó un “chilcano” de pisco y empezamos a hablar sobre los viejos tiempos, sobre lo que andábamos haciendo, y sobre los planes futuros que realizaríamos una vez que regresara al Perú. Se desplazaba con dificultad por una caída reciente, pero sus memoria y su voluntad de seguir trabajando para seguir, como decía él, comprendiendo mejor a la realidad del país eran los de siempre. Sus trabajos anteriores eran peldaños decisivos en esa meta, pero deseaba continuar en la brega. Su partida hace que eso no sea posible, por lo menos con él, pero trae a mi mente las coordenadas de sus actos que explican su contribución a la cultura y al conocimiento del país.

Conocí a José Matos en 1960, en una clase introductoria a la Antropología y la pertinencia de la disciplina para el Perú. Estudiaba Derecho y el deslumbramiento de su presentación decidió, como la de muchos otros, mi nueva vocación por una ciencia sobre la cual no sabía absolutamente nada. Desde esa fecha hasta 1964 fui su estudiante en el Instituto de Etnología y Arqueología alojado en la vivienda de la Ciudad Universitaria, lo acompañé en varios trabajos de campo, dentro y fue-

ra del país, en los valles de Chancay, de Yanamarca, en Jesús de Machaca y en el Cochabamba de Bolivia, incluso me enseñó a vencer mi pudor cuando tuve que reemplazarlo durante un largo semestre en sus clases de Antropología que enseñaba en la antigua Escuela de Servicio Social, en la Avda. Arequipa, cuyas alumnas eran mayores o de mi edad.

Hasta ese momento, el aprendizaje de la Antropología tenía una fuerte impronta foránea, particularmente norteamericana y francesa, conocida a partir de los libros traducidos al castellano o de los libros existentes en la prodigiosa biblioteca del Instituto y del Museo de la Cultura de Alfonso Ugarte, gracias a la presencia de directores como Luis Eduardo Valcárcel y José María Arguedas. Pero una cosa era leer estos libros y otra muy distinta escucharlos y tener la oportunidad de preguntar y comentar sus clases con estos prominentes académicos. José Matos nos dio esa oportunidad y por sus gestiones tuvimos la oportunidad de contar, no en visitas breves sino por un semestre, a John V. Murra, Francois Bourricaud, Juan Comas Camps, Henri Favre, Olivier Dollfus, Collin Delavaud, Aníbal Buitrón, Francois Chevalier, Jean Vellard, quienes con sus enseñanzas ensancharon nuestros horizontes y nos permitieron pensar la realidad peruana en contextos cada vez más amplios. Pero más allá de esa coyuntura la

enseñanza y las investigaciones de Matos perfilaron la agenda de una Antropología enraizada en los problemas de los Andes y de la región andina.

Para José Matos Mar, como para la Antropología de su tiempo, la enseñanza y el trabajo de investigación en el campo eran inseparables. Por eso, concluido el año académico en diciembre, los tres meses de enero a marzo eran dedicados a recorrer Lima y sus barriadas, y los valles adyacentes como Pilas, Chancay, Huarochirí, Yanamarca, Cochabamba. Siempre se las ingenió para estar con nosotros para guiarnos, conjuntamente con sus asistentes Alberto Cheng Hurtado y José Portugal Mendoza. Durante los tres años de mi formación permanecí alternativamente en el Valle de Chancay, con Walter Quinteros, César Fonseca, Humberto Rodríguez Pastor, Roberto Arroyo, Rodrigo Montoya y fue en Aucallama, un pueblo negro de antiguos yanaconas de las haciendas del entorno, organizado paradójicamente como “comunidad de indígenas” por el impulso de su dirigente Marcelino Dávila, donde las entrevistas realizadas informaron mi tesis de Bachiller en Antropología. Hasta ese momento, trabajo de campo era sinónimo del estudio de comunidades como universos cerrados, a la manera como el mismo Matos lo practicara en Tupe (Yauyos) y en la isla lacustre de Taquile. Pero ese paradigma, bajo el impulso de Eric Wolf y de Julian Steward, empezaba a cambiar a favor de análisis regionales y de área más comprensivos. Esa fue la dirección de las investigaciones que en adelante se impulsaron en el Instituto, donde además de estudiantes de Antropología participaban

también con entusiasmo agrónomos, arquitectos, urbanistas.

Concluida la tesis, en octubre de 1964 me fui a Francia para intentar convertirme en Historiador, bajo la influencia directa de Francois Chevalier, Pierre Vilar y Ruggiero Romano. Luego fui a Oxford y Londres, donde encontré a Eric J. Hobsbawm y a Perry Anderson, porque quería estudiar Economía a fin de integrarla a la Historia. No hubiera salido del país de no haber contado con la exigencia de José Matos Mar, quien con una generosidad que siempre me conmovió, hizo todo lo posible para que me marchara, pese al sueldo de puestos bien remunerados en la primera administración del Arquitecto Fernando Belaúnde Terry, quien pensaba que el antropólogo era el depositario de alguna receta mágica para integrar gentes de todos los colores en una deseada y esquivada unidad nacional.

En París nos volvimos a encontrar un par de veces. Andaba interesado por lo que estudiaba y con quiénes lo hacía, en términos de análisis y de técnicas. Hasta adquirió varios pliegos de papel con escala semi-logarítmica para presentar mejor los gráficos de sus investigaciones... Por cierto, él había estado en Francia antes, y de ahí su amistad entrañable con Paul Rivet, Alfred Métraux y Maurice Godelier, pero un percance de salud impidió que concluyera estudios promisorios.

Cuando regresé a Lima en 1970, convencido por Aníbal Quijano y Julio Cotler, que debía hacer algo más que la cómoda contemplación de los problemas del país, José Matos Mar ya había fundado el Instituto de Estudios Peruanos conjuntamente con otros distinguidos académicos,

y en ese momento estaba abocado en la organización del Congreso Internacional de Americanistas. De manera que fue casi natural que integrara el IEP como investigador, encargado de organizar y fortalecer su Área de Historia. El tránsito fue exigente, porque compartía ese trabajo con el de profesor en las Universidades de San Marcos y de la Pontificia Universidad Católica del Perú, además por la presión del Director del Instituto en que publicara libro tras libro. Por las tareas específicas que tenía dentro del Instituto no pude colaborar directamente con las investigaciones del Director, volcadas más y más al universo urbano, a su entorno de los excluidos, y al fascinante problema de las barriadas limeñas. Sus colaboradores más cercanos fueron José Portugal, Fernando Fuenzalida, Max Meneses y José Mejía. Fue de esos esfuerzos que se publicaron los libros sobre las barriadas, y el esbozo del resonante libro El Desborde Popular, antecedente del Perú. Estado desbordado y sociedad nacional emergente, publicado en el 2012 como resultado de sus investigaciones realizadas en la Universidad Ricardo Palma, institución a la que fue incorporado como profesor e investigador en los años recientes. Era el retrato del rostro del nuevo Perú y un alegato en favor de sus esperanzas de cambio, optimismo

que desplazó considerar las cicatrices de esos migrantes como resultado de su desencanto y de la profunda fragmentación de sus intereses.

Que no trabajara directamente con él sobre el mundo marginal urbano no significa que no contara con su orientación y con su exigente presión para consolidar las investigaciones en Historia del Instituto. Matos fue el alumno predilecto de Luis Eduardo Valcárcel quien, además de la presencia influyente de John V. Murra, lo llevaron al convencimiento irrevocable que la comprensión y la explicación del país no podía ser el resultado de una peregrina curiosidad por su presente, sino que exigía investigaciones de largo plazo que sistemáticamente escudriñaran los distintos estratos históricos anudados en una densa e inacabada concatenación. Además, por sus orígenes sociales en el Ayacucho profundo, por su familiaridad con los Andes del entorno, y por la presencia de ese otro gigante que fue José María Arguedas, historia y andinidad constituyeron para él una ecuación indesligable. Esa fue su enseñanza mayor que marcó la formación y el destino de sus alumnos, y sería el mejor homenaje que se le rindiera que no se perdiera esa trayectoria.

Bogotá, agosto de 2015.